

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 14 DE OCTUBRE DE 1923

NÚM. 20.188

## LA CASTELLANA DE VEJER

NOVELA INEDITA DE  
Manuel Fernández y González



I

ERA una rica hembra, más rica por su hermosura y por su juventud que por su alcurnia, que era nobilísima, y que por sus estados, que eran muchos y pingües.

Apenas si contaba veinte años. Se había casado de diez y siete.

Con sus cabellos dorados, su blancura de alabastro, sus ojos de color de cielo en una noche de luna llena de la primavera, sus formas modeladas como si el artífice hubiera sido el alma de los sueños del amor; con su estatura y sus amplitudes de matrona; con la opulencia de sus formas delicadas y fuertes a la par; con lo esbélto y gallardo de su tallo; con su gravedad y su magnificencia de reina que no excluían las gracias y el atractivo; con la vehemencia del sentimiento que la hacía apasionada, dulce y tiernísima para el amor, y fuerte e incontrastable para todas las pruebas de la vida, por enormes que éstas fuesen, había llevado a su marido una pureza inmaculada, como la de la nieve en los ventisqueros; con volcán en el alma, como el que revolviéndose en las entrañas de las montañas las hace temblar con fragor, y una inteligencia extraordinaria, que en los rudos tiempos en que vivía la hacía pasar por letrada y entendida en los textos de las Santas Escrituras y en los no santos ni mucho menos de la cábala y de la astrología judiciaria.

Este prodigio, que a sus veinte años florecía, por los de 1294, en los reinos de Castilla, regidos a la sazón por el tremendo rey don Sancho IV, el Fuerte o el Bravo, era sobrina, en segundo grado, de don Juan Núñez de Lara, el viejo, a quien ya por este tiempo los sinsabores y los miedos de sus ambiciosas traiciones habían abreviado los días, aunque por morir ya cargado de años no se le pudo llamar malogrado, y en tercer grado, prima de don Juan de Lara, el mozo, que ya seguía, y con mejoramientos, el camino de las ambiciosas traiciones de su padre.

Llamábase esta criatura de que nos vamos ocupando doña Beatriz Núñez de Lara.

Su padre, don Nuño de Lara, que se había dado a la astrología o la alquimia y a la geomancia, sin prescindir de la política, que no había entonces noble que político no fuese, y

aún más que lo que lo es en nuestros días todo el que nace con afición al mando y a la rapiña, la había hecho sabia y tan positiva y tan ambiciosa como él.

En la corte, y siendo doncella noble de la reina doña María de Molina, de aquella brava y santa mujer a quien aún no ha juzgado bien la Historia, doña Beatriz Núñez de Lara, a pesar de que no contaba más que diez y seis años, resplandeció como un astro, y de tal manera que empezó a causar celos a la reina.

Por lo que, aunque doña Beatriz no hubiese dado género alguno de licencia a los atrevimientos por ella del rey don

Sancho, que, como todos los hombres excesivos, era también excesivo para el amor, la reina, que era excesiva en los celos, cortó por lo sano y, aprovechando el enamoramiento en que había caído loco por doña Beatriz un caballero escudero del rey, con él la casó, echando luego a los casados de la corte; pero, a pretexto de honrar al marido, dándole en las Andalucías, en el adelantamiento sobre tierras de moros, en el reino de Sevilla, la tenencia o alcaidía del castillo y villa de Vejer de la Frontera.

Sin amor por nadie, ni por su marido, se casó, a sus diez y siete años, doña Beatriz; pero con el uso vino el amor, y

tan apasionado y tan firme como si sólo para amar a su esposo hubiese nacido.

Esta prudente y sabia conducta de doña María de Molina, que libertaba a ella de unos celos ya insufribles y a doña Beatriz de una enamorada tiranía del rey, le supo a éste a cuerno quemado y a tártagos; pero hubo de tener paciencia y aguantarse por no dar escándalo.

No así su hermano, el infante don Juan, el Tuerto, que había cogido por doña Beatriz un emponzoñamiento amoroso.

No habiendo podido evitar el casamiento que la reina había hecho ejecutivamente de la noche a la mañana, juró, para más adelante, que doña Beatriz habría de ser suya, y que dejándola viuda se había de vengar en el marido de las primicias que le había robado.

II

Era el nuevo alcaide de Vejer, marido de doña Beatriz, un caballero como de veinticinco años, más enaltecido por su bravura de fiero y por su destreza en las armas que por su alcurnia ilustrísima, como que era sobrino carnal de don Diego de Haro, señor de Vizcaya y de los Cameros y uno de los prohombres de Castilla que, hombreándose con el rey, andaban con él a la greña y le daban muy malos ratos.

El sobrino se llamaba también don Diego de Haro, y el infante don Juan Manuel, tío del rey, a quien había servido cumplidamente, le había acrecido mucho sus estados; y al morir, para bien del rey y menor cansancio del reino, le había dejado pingües mandas, con lo que don Diego había llegado a ser tan rico como doña Beatriz, su mujer.

La felicidad de don Diego de Haro era de tal manera cumplida, que la vida le parecía una delicia: mandaba como señor omnímodo sobre la villa y castillo de Vejer y los pueblecillos, casas fuertes y alquerías de su jurisdicción; cazaba largamente en montes y cotos; metíase con frecuencia, comandando algunos rocines, por tierras de moros; mataba a manita reses o cogía rebaños y cautivos a los infieles, y cuando volvía, asendereado de la montería o de la algarada, los dulces brazos de doña Beatriz le daban un descanso que venía a ser una gloria.

Con esto y con el buen comer, el largo beber y el sosegado dormir, estaba don Diego orondo y fuerte y buen mozo, que era una maravilla.





La ya grandísima ventura de don Diego llegó un día más allá de lo imaginable.

Su mujer, que con las satisfacciones del amor había acrecido en dos tantos más su belleza, había engrosado, y de su grosura había provenido un robusto infante, precisamente en el término natural transcurrido desde el día del matrimonio.

Púsosele por nombre al niño, Alonso Diéguez de Haro; gastáronse sus padres sendas doblas para los festejos del nacimiento; hubo luminarias, carreras de cerdos, toros, cañas y sortijas; hubo justas en que, dándose de mano los odios de raza, entraron moros y cristianos; ayudaron a esta alegría los reyes, que habían apadrinado, por poderes, al recién nacido, dándole, a más de un cuantioso presente, la posesión y señorío de los molinos del río de Vejer, que eran del real patrimonio, y en quince días largos que tardó en salir a misa de parida doña Beatriz, no hubo otra cosa que alborozos y fiestas y plácemes y contentamiento de todo el mundo.

Bien quisiera la hermosa y fuerte castellana amamantar por sí misma a su hijo; pero no queriendo el egoísta don Diego que en nada, ni la más pequeña parte, se amenguase la turgente firmeza de las voluptuosas de su velada, puso pies en pared y, no sin batalla, logró al fin se encargase de la lactancia del niño una hermosa y robusta molinera que con su marido habitaba en uno de los molinos donados por los reyes a su apadrinado.

Pero era el caso que la Mari-Antúnez, que así la nodriza se llamaba, no quería apartarse ni por un día del sombrío y fresco valle donde a la margen del río se asentaba el molino, donde había nacido, donde se había criado, donde se había desposado y donde había echado al mundo siete magníficos crios, todos varones y todos vivos y sanos.

¿Qué importaba esto?

El molino estaba a un cuarto de legua escaso del castillo; el lugar era ameno, las aguas limpidas, los aires purísimos; además, no había con qué reemplazar la sanura, la frescura y el poder de la Mari-Antúnez, que era también muy buena mujer y muy buena cristiana, todo lo cual hablaba en favor de la leche que mamaria el infante, siendo además hermosa y joven, que no pasaba de los veinticinco años.

El médico judío que había en la villa y uno moro, de gran fama, que fué llevado a costa y costa de Granada, opinaron que para nutrir al infante no podía lograrse nada, no ya mejor, sino que ni aun se igualase a la Mari-Antúnez, y además de esto, que el valle donde habitaba era por su salubridad un paraíso, en que si la gente se moría era de vieja y a causa del pecado que en el otro Paraíso cometieren, desobedeciendo a Dios, nuestros padres Adán y Eva.

Así, pues, don Diego, eligiendo para que guardase a su hijo en el molino a un ayo con algunos escuderos y otros servidores (que él era un gran señor y con ínfulas de rey), entregó su hijo a la Mari-Antúnez, lo que no fué separarle de sí, porque la mayor parte del tiempo se lo pasaban los esposos en el molino, acabando por fabricar junto a él una vivienda cómoda y con ribetes y estilo de casa fuerte.

III

Por este tiempo se desavino el infante don Juan con su hermano el rey don Sancho.

Este le había dado muy mal ejemplo

rebelándose contra su padre el rey don Alfonso X, sobrenominado el Sabio.

Esta horrible lucha entre el padre y el hijo había producido terribles frutos, cuya amargura probó durante su azaroso reinado el rey don Sancho.

Don Alfonso, cargado de años y de desgracias, que si bien había merecido por sus tiranías y crueldades no por esto le acabaron menos, había muerto en Sevilla maldiciendo a su hijo don Sancho, que si bien por un hipócrita respeto a su padre no había tomado viviendo él el nombre de rey, le había usurpado el poder real, dejando reducido de hecho su dominio a la ciudad de Sevilla, que se le había mantenido leal.

Al maldecir don Alfonso a su hijo don Sancho le había desheredado, y por una cláusula terminante de su testamento había pasado la sucesión de la Corona a sus nietos, los hijos de su hijo el infante don Fernando de la Cerda, muerto algunos años antes.

Esto dió por herencia a don Sancho una continua guerra civil, que no pudo dominar durante su vida y que pasó como un legado a su hijo don Fernando IV, el Emplazado.

Tan pronto movían tumulto a don Sancho los parciales de los infantes de la Cerda, tan pronto su tío, el inquieto infante don Juan Manuel, cuando no sus hermanos don Juan y don Pedro o el ambicioso don Juan Núñez de Lara, el viejo, o el señor de los Cameros.

En estos trastornos entraba con gran frecuencia el rey moro de Granada, Muamad ben Nasar, el Ansari, segundo emir de la dinastía Nazerita, ya aliado con el rey don Sancho contra sus vasallos rebeldes, ya con estos vasallos rebeldes contra el rey don Sancho, con cuyas discordias estaba muy en peligro la cristiandad en España.

IV

Enojado, como se ha dicho, por este tiempo el infante don Juan con el rey, salióse de Toledo, donde la corte estaba, con algunos caballeros de su parcialidad; se fué a su infantazgo y, reuniendo doscientos rocines y un centenar de ballesteros de su mesnada, escapó a las Andalucías con ánimo de pasar a África y pedir amparo al emir de Marruecos, Abu Jacob.

Era su marcha a Algeciras, y como por el camino se le recordase que en el castillo de Vejer de la Frontera moraba aquella doña Beatriz Núñez de Lara, por la cual estaba celoso a muerte de don Diego de Haro, cuya muerte se había jurado a sí mismo para libertarse de sus celos, nació en su alma ese propósito de tal manera negro, que más horrendo no hubiera podido aconsejárselo Satanás.

Ahora bien; descubierta la rebeldía del infante don Juan, sabida su huida hacia las Andalucías, el rey don Sancho escribió con toda diligencia a sus alcaides y adelantados de la frontera para que atajasen al infante y le prendieran, muerto o vivo.

El infante, sin embargo, ayudándole los calores del verano, caminaba de noche; guiado por adalides conocedores del terreno, y por sendas extraviadas, llegó, sin ser sentido de los leales alcaides del rey, a la frontera y cerca de Vejer.

Don Diego de Haro había recibido también carta del rey, y vigilaba.

Una noche, ya tarde, sonó la bocina de la poterna del castillo.

Era un corredor de los que el celoso alcaide de Vejer había extendido por la tierra de su alcaidía, que venía a avi-

sarle de que el infante don Juan, con su hueste, había pasado el día en una sombría dehesa cerca de Conil, y que a puestas del sol se había movido camino de la frontera.

Saltó del lecho el bravo don Diego de Haro, no quedándose en él doña Beatriz, que era tan brava como su marido; vistiéndose ella y armóse él, y juntando cuarenta rocines y veinte peones ballesteros, que era todo lo que en la villa tenía, sin reparar en que la hueste de don Juan quintuplicaba el número de la suya, allá se fué a buscarle, diciendo a su mujer, al abrazarla tiernamente:

—Yo allá voy, cumpliendo con lo que debemos, tanto vos como yo, a la lealtad por el rey nuestro señor; aquí os dejo a vos; si yo fuera preso o muriese en la demanda, guardad vos la fortaleza y caed entre sus ruinas, muriendo antes que dar en mancha horrenda de traición, que nada podría lavar y que afrentaría nuestro linaje.

—Id sin temor por mí aliento, marido y señor mío—contestó doña Beatriz—, que yo podré perder la vida, pero no vuestra honra que es la mía.

Y con esto y un nuevo y estrechísimo abrazo, don Diego partió; y doña Beatriz, llamando al castillo a los hombres que por muy jóvenes o por muy viejos habían quedado en la villa, y que si no podían pelear en campaña acaso podrían servir muy bien encastillados, los armó y los puso en los muros.

V

Doña Beatriz se pasó gran parte de la noche en el mirador de la torre del homenaje del castillo, anegando sus ojos y sus oídos en la sombra y en el silencio.

Era la noche oscura y apenas si se percibían las grandes sombras de los montes circunvecinos.

Nada se oía mas que el leve y confuso rumor de la corriente del río en los distantes molinos, mezclándose al zumbido del viento en los árboles el canto de millares de grillos, y de tiempo en tiempo ladridos de perros de guarda de las casas campestres, o los gritos cercanos de vigilancia de los hombres que velaban en los muros.

Un bulo que anidaba en uno de los altos mechinales de la torre, atormentaba con su desapacible silbido a doña Beatriz.

La voz del ave nocturna era de muy mal augurio para la noble castellana, que, a pesar de lo varonil de su ánimo, se estremecía de espanto.

Temía no volver a ver vivo a su marido, a quien tanto amaba.

Recordaba que el infante don Juan la había solicitado tenazmente y con un empeño mortal.

Si vencía a su marido debía ser cruel con él.

Ella sabía bien hasta qué punto era malvado el infante.

Se acordaba, además, de su hijo, que estaba allá en el molino de la Mari-Antúnez.

Recordando a su pequeño Diego, sentía un dolor indecible en las entrañas.

Se la ennegrecía el alma con un presentimiento misterioso.

¿Y por qué esto?

Doña Beatriz no podía explicárselo.

¿Qué tenía que temer por su hijo?

Por malvado que fuese el infante, y aunque llegase a saber dónde su hijo estaba, no podía llegar su maldad hasta saciarse en un inocente del odio que podía tener a su madre por sus desdenes.

A veces, doña Beatriz se tranquilizaba con pensamientos como el siguiente:

—Un leal vale por diez traidores; el

infante, que viene de huida, no puede traer mucha gente; si le encuentra mi don Diego, que es un león, le vencerá.

Y así doña Beatriz se pasó la noche, entre la ansiedad y la esperanza.

VI

Empezaba a alborear, cuando, de improviso, hacia el puente que sobre el río ponía en comunicación la villa alta en que el castillo estaba con la villa de abajo, se oyó un gran tumulto.

Voces de hombres, carrera de caballos. Pero no se oía ruido de armas.

A doña Beatriz se le heló la sangre.

No podía dudarse de que la gente que con don Diego había salido del castillo volvía huyendo a ampararse en los muros.

No podía pensarse en que don Diego huyese.

Si su gente huía, él debía haberse quedado preso o muerto en poder de los enemigos.

Y a este pensamiento, a la par de un terror y de un dolor insoportables, se sublevó en la castellana de Vejer un valor sin límites, sañoso, vengativo, terrible.

No parecía sino que, muerto su marido, su espíritu había venido a infundirse en ella.

En tanto, atravesando el puente y la villa alta, los fugitivos habían llegado a la barbacana que defendía la cava, y gritaban con gran presura.

Era ya de día claro.

Entre aquella gente despavorida se veía un caballero armado de todas armas, inmóvil, inerte, tendido sobre lanzas que sostenían algunos peones, en una especie de camilla improvisada de campaña.

Detrás, un paje de armas conducía de la mano un magnífico corcel harto conocido de doña Beatriz.

Era el bridón de batalla de don Diego. El arnés y las divisas del caballero tendido sobre las lanzas, muerto o mal herido, revelaban al mismo don Diego.

Doña Beatriz lanzó un grito horrible. Corrió, bajó, llegó.

Los fugitivos, para los cuales se había bajado el puente y alzado el rastrillo, estaban en la plaza de armas consternados y silenciosos.

En cuanto habían entrado, el rastrillo se había calado y se había levado el puente.

Y bien a tiempo, por cierto.

Un momento más, y los vencedores hubieran entrado en el castillo revueltos con los fugitivos.

VII

Don Diego de Haro venía expirante.

Una fuerte jara, que había falseado el plastrón de la coraza y que había penetrado profundamente en su pecho, aún aparecía clavada en él.

No se habían atrevido a arrancársela por temor de abreviarle la vida.

Aquello había acaecido a la salida de un bosque, cerca de Conil, en el momento en que, por haberse encontrado don Diego con el infante don Juan y sus gentes, se había empeñado el combate.

Al caer del caballo don Diego, los suyos se acobardaron y se dieron a la fuga, y gracias a algunos bravos escuderos de don Diego le recogieron y, amparados de la oscuridad de la noche y conocedores del terreno, pudieron librar a su señor de caer en las manos del infante.

Pero, aunque caminando por trochas, por donde los jinetes no podían seguirles, habiendo abandonado ellos mismos los caballos, y acortando mucho terreno, pudieron, a pesar de lo que les embar-



zaba su señor, llegar a la villa antes que el infante y su hueste, aventajando muy poco tiempo, porque apenas había caído el puente y ya se presentaban delante del castillo los de don Juan, obligando a los ballesteros que estaban en los adarves a disparar sobre ellos.

No todos los que habían salido de Vejer con su alcaide lograron volver al castillo.

Algunos que se rezagaron cayeron en poder de don Juan.

Don Diego apenas tuvo tiempo de decir a su mujer, que le contemplaba con un dolor terrible del que rebotaba el ansia de la venganza:

—Dios lo ha querido; resignaos a su santa voluntad y haced, como mi viuda, lo mismo que yo haré por el rey.

Y tras un vómito de sangre que le ahogó la palabra, expiró.

Doña Beatriz no derramó una sola lágrima. No exhaló un solo grito.

Estaba desenfajada y pálida, como una muerta.

Se acercó a su marido, se arrodilló y, tomándole una mano tibia aún, exclamó:

—Yo seré digna de ti, te lo juro por la vida de nuestro hijo; que Dios me castigue si fálto a mi juramento.

Entonces se le vino a la memoria, como en un relámpago siniestro, que su hijo estaba fuera del castillo.

Que podía caer en manos del infante don Juan.

Se estremeció de los pies a la cabeza y se cubrió de sudor frío.

Un terror infinito se apoderó de ella. Un terror inexplicable.

A lo menos, ella no podía darse cuenta de por qué se aterraba.

Pero agonizaba.

Tenía ante sí el cadáver de su esposo, y un presentimiento misterioso la oprimía el corazón por su hijo.

¿No había jurado al alma de su adorado y perdido don Diego, por la vida de su hijo, guardar al rey el castillo de Vejer como el mismo don Diego le hubiera guardado?

¿Sería ella cobarde, faltaría a su juramento y la castigaría Dios quitándole aquel idolatrado hijo por cuya vida había jurado?

Este pensamiento enardeció a doña Beatriz y la dió valor.

Era necesario que vengase la muerte de su marido.

Era necesario que salvase la vida de su hijo.

Mandó llevasen el cadáver a la capilla del castillo y le pusiesen en un lecho de honor, rodeado de cirios.

Ella corrió a las murallas.

Añimó a la gente, que ya estaba en combate con la del infante don Juan.

Alentó a la gente.

Les puso por delante la lealtad que debían al rey y la venganza que de ellos esperaba su alcaide, muerto por el infante.

Pero, a pesar de que su varonil entereza resplandecía haciendo deslumbrante su hermosura por el dolor y por el ansia de la venganza, un terror frío seguía espantándola, y cada momento más creciente, por su hijo.

En tanto, el infante había entrado en la villa, se había posesionado de ella, había hecho cautivos a sus habitantes y había cercado a la redonda el castillo.

La gente del infante era brava, escogida. No pasaban de trescientos.

Pero probados en lides, eran lo bastante para poner en aprieto al escaso presidio o guarnición que al castillo defendía.

Los animaba, sin embargo, el bravo ejemplo de su alcaidesa, que, dominando

su dolor por la muerte de su marido y su terror por su hijo, iba de acá para allá, de torre en muro, de adarve en barbacana, fiera y rugiente como una leona, animándolos a todos, convirtiéndolos en héroes.

El infante, que como hemos dicho iba huido, no llevaba en su pequeña hueste ni escalas, ni ingenios, ni ninguna de aquella rudas máquinas con que se combatía en aquellos tiempos a los lugares fuertes.

Y tenía sobre su alma, y de una manera terrible, el empeño, no de tomar al rey una villa fronteriza, que esto, yendo de pasada, le importaba muy poco, sino el ansia del amor, y en las entrañas, de apoderarse de aquella mujer a quien tanto y tan sin premio había amado, por la que había sentido unos celos espantosos al verla de otro y cuya pasión por ella había crecido con el despecho, la humillación y la envidia a lo incomprensible del furor.

Había jurado vengarse, y el azar le había procurado en gran parte su venganza haciendo que entre las sombras una jara partida de no se sabía qué ballesta, dejase viuda a la codiciada doña Beatriz.

Pero su venganza no se había completado; era necesario que él se apoderase de doña Beatriz, que la humillase, que la sometiese a su voluntad, que la hiciese su esclava, ya que no había podido hacerla su amante.

Los muros del castillo de Vejer, levantados antiguamente por los árabes, eran altísimos y de esa argamasa rojiza que con el tiempo adquiere la dureza de la roca.

No era accesible mas que por la parte de la villa alta.

Por los demás lados se asentaba en un peñón tallado, a cuyo pie se torna, sirviéndole de ancho foso, el río de Vejer.

Por su parte accesible, las barreras eran fortísimas; la barbacana, robusta; el foso, profundo; los muros eran altos, lisos, roqueños, los adarves de los cuales llevaban las piedras amenazadoras.

Se necesitaba todo el empeño de la delirante pasión del infante por doña Beatriz para que, yendo de pasada, de huida, hacia la costa, se detuviese ante aquella fortaleza que venía a ser para él inexpugnable.

Pero muchas veces se obtiene por la fuerza lo que es imposible por la fuerza, y el infante don Juan, el Tuerto, era muy mañero.

A fuerza de mañas había logrado muchas veces burlar la furia de don Sancho, que había acabado por contraer un odio a muerte contra su inquieto y rebelde hermano.

Sabía el infante que doña Beatriz tenía un corazón excelente.

Así, pues, rechazado por doña Beatriz con indignación el primer mensajero que el infante le había enviado para que se rindiera; viendo que por la fuerza no le era posible ni aun el acercarse a los adarves, pensó poner en aprieto a la noble castellana, llevando ante el castillo a todas las doncellas que en la villa había cautivado.

Cada una de estas doncellas había sido obligada a tener en los brazos a un niño.

Presentado ante la poterna este grupo miserable que el terror dominaba, don Juan envió un trompeta para decir a la castellana, que si no le rendía el castillo degollaría delante de sus ojos a todas aquellas doncellas, a todos aquellos niños, y que su inocente sangre caería sobre su cabeza; a lo que doña Beatriz contestó que sobre la suya, sobre la

del infante, vería Dios aquella sangre inocente.

Irritose el infante, y pretendiendo aterrar a doña Beatriz, hizo sacasen al frente una de las más hermosas doncellas, que tenía en los brazos un hermoso niño, hermano suyo, y mandó la arrebatasen el niño y le degollasen antes de degollarle a ella.

La doncella prorrumpió en gritos, y el niño, instintivamente aterrado, chilló de una manera horrible.

Y al mismo tiempo una voz espantosa gritó desde la barbacana:

—¡Maldito seas, tú, infame, que no temes a Dios!

Era la voz de doña Beatriz.

Y al mismo tiempo una voz angustiosa, decrepita, pero alentada por la desesperación, exclamó al lado del infante:

—¡No matéis, no matéis a mis nietos, que yo os diré dónde hay uno que la castellana estima más que su lealtad al rey, que su honra, que sus entrañas, que su vida, que su alma!... ¡Su hijo!

—¡Su hijo!—exclamó con una alegría de hiena el infante—. ¿Y dónde está su hijo?

—En el molino de la Mari-Antúnez—exclamó el viejo, que era uno de los que en la villa había cautivado el infante.

—¡Pues, guía, guía!—exclamó el infante.

Y mandó a uno de sus escuderos que con algunos jinetes siguiera al viejo y se apoderase del hijo de doña Beatriz y le trajese.

El infante, con el resto de su hueste, se quedó impidiendo que nadie saliese del castillo.

Una hora después volvieron el viejo, el escudero y los jinetes, trayendo un hermoso niño de dos años.

Tras él venía la Mari-Antúnez dando gritos.

Los del molino y de la casa fuerte no habían entregado al niño sin resistencia. Había habido un combate.

Allí se habían quedado muertos algunos de los leales servidores de don Diego de Haro, y malherido el marido de la Mari-Antúnez, que, sin embargo, dominada por su lealtad, seguía, desolada, al hijo de sus señores que le habían arrebatado.

—¿Qué os parece de esto, don Pedro?—dijo el infante a un joven noble, como de diez y ocho años, que le seguía en su servidumbre como doncel o paje de armas—. Me parece que doña Beatriz se amansará por la vida de su hijo.

—Vuestra merced haga lo que mejor le plazca—dijo el joven—; pero ofenderéis a Dios, haréis un mártir inocente y os ennegreceréis la conciencia, porque si esa señora es como mi padre no os valdrá esta crueldad. ¿No fuera mejor que la hiciésemos entregarse por hambre?

—Vamos de pasada y no podemos perder el tiempo—dijo don Juan.

Y haciendo llevar lo más cerca posible de la barbacana donde doña Beatriz estaba a su hijo, le anunció que si en el momento no le entregaba el castillo, dándose ella misma a prisión, degollaría al niño delante de sus ojos.

Y la Mari-Antúnez, asida al niño y pretendiendo arrebatarlo de los brazos del sayón que le tenía, gritaba desesperada, mirando con ansia a doña Beatriz, que estaba en la barbacana.

—¡No, no!—gritó una voz terrible desde el castillo—. Tenedlo todo, todo; pero no matéis a mi hijo.

La madre había probado el dolor de los dolores, la amargura de las amarguras, la agonía de las agonías, y no había vacilado un solo momento.

Se caló el puente, se abrieron las forzadas puertas, se alzó el rastrillo y doña Beatriz, lanzada como una loca, corriendo frenética, seguida de algunos de sus

hombres desarmados, llegó adonde estaba su hijo, le arrancó de los brazos del miserable esclavo que le tenía, y que no se atrevió a disputárselo a su madre, lanzó una carcajada más terrible que todo cuanto pueda suponerse en el horror, le besó delirante, lo cubrió con sus brazos y se volvió, terrible y espantosa, al infante.

—¡Tú conmigo—dijo éste, asiendo brutalmente al niño—, o tu hijo con la muerte!

—¡Tuya! ¡Tuya!—exclamó ya, con lo insoportablemente conmovedor de la insensatez, doña Beatriz—. ¡Tuya!

Y parecía como que su exclamación subía al cielo retronando, buscando la justicia de Dios.

La subió una palidez horrible.

La acometió una convulsión formidable.

Sus brazos se aflojaron.

El niño quedó entre los del infante.

—¡Tuya! ¡Sí, tuya!—exclamó, en el colmo del dolor y de la desesperación doña Beatriz, tendiendo sus brazos trémulos al infante, devorándole con los ojos extraviados.

Los que rodeaban a don Juan empezaban a aparecer sombríos.

Tanta maldad, aunque ellos fueran traidores, les parecía demasiado.

Singularmente el joven don Pedro, el doncel del infante, parecía próximo a rebelarse.

Hubo un momento solemne, supremo.

El infante entregó el niño a uno de sus servidores, adelantó hacia doña Beatriz y pretendió asirla.

Doña Beatriz se contrajo, retrocedió, palideció aún más, lanzó un grito agudo, un grito infinito, vaciló y cayó de espaldas.

Cuando la Mari-Antúnez se arrojó sobre ella, anhelante, la encontró muerta. Se la había roto el corazón.

—Dios os cobrará esta infamia que acabáis de hacer, infante—exclamó el joven don Pedro—, y antes os la cobraré yo, que jamás engañado os siguiera. Y echó mano a su espada.

Pero los viles servidores de don Juan le desarmaron.

—¡Prendedle y conducidle!—dijo el infante.

Y luego, sin atreverse a mirar el cadáver de doña Beatriz, huyó como espantado de sí mismo.

La Mari-Antúnez arrebató al niño de los brazos del sicario que le tenía y que no se lo disputó.

El infante, como acesado por el remordimiento, huyó aquel mismo día a la costa, y en uno de sus barrancos se metió en una fusta de moros que allí lo esperaba, y con su gente, y preso el generoso doncel don Pedro, pasó a Tánger.

Don Sancho IV y su buena esposa doña María de Molina adoptaron al huérfano, le concedieron mercedes, en nombre de su padre, y por él perdonaron la traición de la madre.

—Yo hubiera hecho lo mismo—dijo la noble doña María—: todo por mi hijo.

—Yo, no—dijo un caballero que estaba presente—: todo por el rey.

—Mirad que Dios no os castigue, don Alonso Pérez—dijo la reina.

—Dios sabe quién yo soy—contestó el caballero.

Era el padre del noble doncel que había seguido al infante don Juan, que se había sublevado contra aquel horror y que el infante se había llevado preso a Africa.

Aquel caballero, en fin, era don Alonso Pérez de Guzmán.

Manuel FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Ilustración de BARTOLOZZI.





DE NUESTRO CONCURSO  
= DE FOTOGRAFÍAS =

# EL OASIS DE ELCHE

EL MÁS BELLO RINCÓN  
= DE ESPAÑA =



CUANDO Barbarroja, el pirata, que anduvo en guerras con España por la posesión de Argel, que al cabo fué a parar a manos de Francia—triste suerte y aciago sino de todas las empresas españolas, realizadas con tanto esfuerzo como tan sin fruto—; cuando Barbarroja—digo—logró desembarcar en la dorada y risueña playa de Santa Pola y vió a poca distancia el bosque de palmeras ilicitano cerrando el horizonte hasta las cercanas sierras del cholar, creyó que los pilotos de sus bajeles corsarios habían errado el rumbo y habían enderezado las proas a tierras de morería.

Costóle caro el desengaño; del oasis salieron armados los ilicitenses, y le vencieron y le obligaron a reembarcar en sus naves más que de prisa. Y Barbarroja lloró amargamente no haber podido asentar el reino propio e independiente con que soñaba en aquella costa donde todo era de morisca apariencia: el dilatado bosque de palmeras cobijando los cuadros de verde alfalfa,



Núm. 7.—... con un pueblo blanco, limpio... Lema: POR ESPAÑA.

las hileras de pomposas matas de algodón, las higueras lujuriantes, los granados, los olivos senectos, el blanco caserío, las acequias bullidoras...

Desde entonces toda España se ha trastocado y mudado, más en su aspecto exterior que en la complejidad de su espíritu; sólo aquel bosque de palmeras que riega la torrentera de Vinalopó, domada en el embalse del Castellar, domada por los Tajameres en la corriente de la Rambla y en la acequia de Caudalish y en la hoya de Estrés, ha permanecido como lo creara el genio de Abderramán III.

Más aún; cuando las ciudades moriscas como Toledo, Sevilla, Córdoba y Granada y todo Levante y todo el Mediodía se apresuraban a despojarse de la veste musulmana, y destruían los edificios monumentales, y desfiguraban las casas tapiando sus bellos arcos y enjabelgando los muros policromados, el oasis ilicitano se engrandecía y encontraba en el culto cristiano nuevo medio de convertir en dinero los provechos que la palmera ofrecía.

A fines del siglo XVIII el naturalista Guillermo Bowles, a quien trajo a España don Antonio Ulloa y que llegó a escribir en español colaborando con Azara, y



Núm. 8.—... sus huertos de bendición y... Lema: POR ESPAÑA.

dedicado a estudiar problemas del agro español agotó el cabo de sus días, había recorrido, lleno de infantil asombro y regocijo, estos lugares de encanto. «No hay otro Elche en el mundo...», exclamaba. Calculó que entonces había cincuenta mil palmeras; hoy encontramos en un diccionario enciclopédico la afirmación de que pasan de un millón las que crecen en la campiña ilicitana. Si esto fuese cierto, las regiones saháricas, las más pobladas de palmeras en el mundo, serían breves bosquecillos al lado del oasis de Elche. El último



Núm. 9.—... como lo creara el genio de... Lema: POR ESPAÑA.

recuento de palmeras hecho por los franceses en el Zab no excedió apenas de seiscientos mil...

Ahora importa poco el número de árboles, ni siquiera la bien ponderada dulzura de sus dátiles, que mejoran a los empalagosos de Berbería; ni el marfileño matiz de sus palmeras, hurtadas a la luz del sol para ofrendarlas el Domingo de Ramos en los altares. Importa ahora el oasis de Elche como bello rincón de España, como refugio lleno de poesía, encanto y misterio. Si cogéis una *Guía de Argelia* y repasáis sus itinerarios, advertiréis que se hacen largas expediciones por ásperos pedregales y montañas ásperas, bajo un sol inclemente, cruzando aduares sucios y pestilentes y con riesgo, a veces, de tener que luchar con moros ladrones, sólo para ver un oasis, para admirar la vegetación frondosa en medio de las tierras desérticas, para escuchar el murmullo del agua en la linde de los



Núm. 10.—... Barbarroja creyóse en... Lema: POR ESPAÑA.

arenales que el simún ondula. Y he aquí el oasis en Europa, con un ferrocarril que llega a sus inmediaciones, con un pueblo blanco, limpio, alegre y bien abastecido en sus cercanías, amparado por un clima benigno y suave, aun en las crudezas del invierno y en los rigores del verano... Los turistas, sin embargo, que recorren en bandadas la provincia de Constantina y toman por auténticos bereberes a los murcianos y andaluces que, huyendo de la justicia los más, se refugiaron en Argelia y llevaron sus artes labriegas hasta la linde del Sahara, no vienen a España a recrearse en la contemplación de este portento del oasis ilicitense.

Y vosotros, españoles adinerados, que vais a Suiza por seguir la moda, y hacéis aspavientos en los pinares de las Landas, y tomáis a esa tarta artificial que se llama Biarritz por obra maestra de la Naturaleza, mientras desconocéis las grandes, asombrosas bellezas que en inmensa variedad plugo al Hacedor colocar en España, haced vuestras maletas e id a pasar unos días, recorriendo el encantado bosque de palmeras que rodea a Elche, sus huertos de bendición y sus jardines floridos...

MINIMO ESPAÑOL



# EL GUSANO DE LUZ

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

AQUELLA mañana — de esto hace muchos, muchos años — las estrellas se disponían a ir a acostarse; habían trasnochado, como de costumbre, formando el cortejo de su reina, la Luna, y las pobres se caían de sueño.

Pero en el momento en que se retiraban a sus habitaciones, una estrella errante — las estrellas errantes son las mensajeras del cielo — recorrió la Vía Láctea pregonando:

—¡Acudid, estrellas hermanas! ¡El Padre Eterno os llama a su presencia!

En el acto, las estrellas, obedientes, volvieron a endosarse sus vestidos de plata, se pusieron sus diademas de brillantes y acudieron al llamamiento divino.

Dios les dijo:

—Estrellitas, estoy muy fastidiado, porque los hombres se quejan de que no tienen bastante luz.

Estas palabras produjeron en el grupo de las estrellas una sensación muy profunda y un asombro indescriptible.

—¡Cómo! — exclamaron—. ¿Es posible que su majestad el rey Sol no cumpla con sus deberes?

—Sí; el Sol cumple su misión y nada hay que reprocharle; del día no se queja nadie; pero el caso es que de noche...

Esta vez las estrellas se olvidaron de las más elementales reglas de la etiqueta celestial, hasta el extremo de cortarle la palabra al Padre Eterno.

—¿De noche? — replicaron—. ¿Es que su majestad la Luna, nuestra reina, y nosotras mismas, sus damas de honor, no nos sacrificamos constantemente pasando las noches en vela para alumbrar a la humanidad? ¿Y sin embargo, los hombres se quejan y nos acusan de darles poca luz? ¡Oh, qué ingratos, qué ingratos!

Y se echaron a llorar, desconsoladas. El Padre Eterno se apresuró a calmarlas:

—No os apuréis, estrellitas—dijo; nadie os acusa ni os reprocha nada, y yo sé perfectamente que vuestra reina y vosotras mismas hacéis cuanto está en vuestro poder para sustituir al Sol en sus horas de sueño. Pero bien sabéis que la reina Luna—siguiendo mis mandatos, lo reconozco—no sale todas las noches, ni, por consiguiente, vosotras tampoco. Y además, es tan pálida y vosotras sois tan chiquitinas y estáis todas tan lejos de la tierra, que, a pesar de vuestro buen deseo, apenas conseguís alumbrar vagamente los caminos...

—¿Y eso no basta?—preguntaron las estrellas, indignadas—. ¿Acaso los hombres van a exigir tanta luz de noche como de día?

—No — dijo Dios con energía —, eso no basta, y si los hombres no exigen tanta luz de noche como de día, en todo ca-

so piden la suficiente para proseguir sus trabajos después de que el Sol se ha ido a acostar, cosa que, como sabéis, sucede bastante temprano.

—¡Como que es un holgazán! — murmuraron las estrellitas agriamente.

—No, eso no—protestó Dios con indulgencia—; es que tiene que madrugar mucho.

Y concluyó:

—De modo que ya lo sabéis: es preciso enviarles a los hombres más luz durante la noche.

Las estrellas, convencidas, bajaron la cabeza.

—¿Y nosotras, qué podemos hacer, Señor?—suspiraron tristemente.

—Algo que se me ha ocurrido: conceder una chispa de vuestra luz a algún

su casa; la libélula, con sus alas de baile, de gasa transparente. ¡Todos, todos!

Con el rey Sol a su derecha, la reina Luna a su izquierda y todas las estrellas acurrucadas a los pies de su Trono, Dios paseaba gravemente la mirada sobre aquella linda asamblea; su indulgencia suprema hacia sus pequeñas criaturas era causa de que todos los insectos le pareciesen igualmente bellos y dignos, y no sabía cuál escoger.

De pronto, sonó una voccecita que decía:

—Soy el más feo de todos los insectos; no tengo alas ligeras para volar, ni patas ágiles para correr; soy tan pobre que voy desnudo; nadie me quiere: soy el gusano.

Y Dios dijo:

do por los padres de familia, que nunca ganan bastante para costear a sus chiquitines pan y medias suelas; por las muchachitas laboriosas, que trabajan para mantener a sus ancianos padres; por los niños buenos, a quienes la duración del día les sabe a poco para estudiar sus lecciones.

Al mismo tiempo, el gusanito de luz se tornó en punto de mira, de admiración y de envidia de todos los demás insectos, que muy lindos de día parecen negros y feos en cuanto les envuelven las tinieblas; es decir, en las horas en que él solo resplandecía.

Tanto fué así, que las señoritas Mari-Posa y Mari-Quita, que en otros tiempos se burlaban despiadadamente de su miseria y su fealdad, ahora ya se disputaban el honor de que las iluminase.

Pero, ¡ay!, tantas admiraciones, halagos y agradecimientos acabaron por trastornar al gusano, y se volvió vanidoso, soberbio y despectivo, él, que siempre fué humilde, modesto y sencillo.

Y poco a poco, ¿quién lo creyera?, descuidó los más elementales deberes de la sagrada misión que Dios le confió.

Por ejemplo, se retrasaba en salir después de la desaparición del Sol, o se marchaba a acostar antes de que reapareciera el astro rey, pecando así de holgazán, que es el peor delito de que pueden hacerse culpables los serenos o los gusanitos de luz.

Llegó hasta el extremo de abusar de su prestigio para gastarles bromas pesadas y crueles a los hombres necesitados de su luz. Así, le daba por ocultarse, de repente, debajo de una flor y desde allí se burlaba despiadadamente de los apuros del

honrado padre de familia, la muchachita laboriosa y el niño estudioso, sumidos repentinamente en las tinieblas. O se divertía en aparecer y desaparecer, imposibilitándoles todo trabajo. Sin contar con que hería constantemente el amor propio de sus compañeros, refregándoles por las antenas que él era luminoso y ellos no.

Tanta pereza, tanta maldad y tanta soberbia no podían quedar sin castigo; el del gusano fué ejemplar, pues Dios se enfadó horriblemente cuando las estrellas le contaron, llenas de indignación, el modo de proceder de su pequeño representante terrestre.

El Padre Eterno no le retiró al gusano la chispa de luz que le había concedido, para no molestar a Santa Rita, que defiende a macha y martillo aquello de que «lo que se da, no se quita».

Pero aplastó por completo su vanidad y su orgullo, haciendo que su luz fuese inútil y despreciable, y para ello inventó la electricidad.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



insecto que la lleve consigo hasta la tierra.

Las estrellas aprobaron con entusiasmo, pues esta idea, naturalmente, les pareció divina.

Ahora—añadió el Padre Eterno—se trata de elegir el insecto que sea digno de esta misión de confianza altamente honrosa.

En seguida llamó al señor Viento y a su esposa, la encantadora señora Brisa, y les encargó que llamasen a concurso a todos los insectos del mundo.

El matrimonio soplador cumplió tan bien el encargo, que el día fijado todos los insectos habidos y por haber se hallaban reunidos en el cielo.

Allí estaba la señorita Mari-Posa, con sus alas pintadas de azul y amarillo; estaba el escarabajo, luciendo sus dorados reflejos metálicos; el saltamontes, enfundado en su malla de raso verde, de los domingos; la señorita Mari-Quita, con su alegre vestido de gala, adornado con pintas rojas; la hormiga, vestida de negro, como una perfecta mujercita de

—Tú que nada tienes, te lo mereces todo.

Y sobre el cuerpo del gusano depositó una chispa de luz.

Y le confió la misión gloriosa de reemplazar al Sol durante la noche y representar a las estrellas en la tierra.

Y el más feo, el más pobre, el más despreciado de los insectos, se tornó el más bello, el más envidiado, el más poderoso de todos.

Los primeros tiempos, el gusano se mostró digno de su enaltecimiento y cumplió su deber como Dios manda, y, sobre todo, como Dios se lo había mandado a él.

Tan pronto como el Sol se marchaba a su casa, el gusano salía de la suya y se acercaba a las ventanas de los hombres, que lo acogían con alegría y agradecimiento.

El gusanito de luz fué desde entonces el bienhechor, la providencia de cuantos se desesperan al ver llegar la oscuridad, porque significa el término diario de su labor; fué adorado y bendeci-



# Don Manuel Fernández y González

ERA este don Manuel tan famoso, hombre alto, fuerte, cenceño, de semblante enérgico, altiva nuca, pronunciada nariz, cespío bigote, y en el físico, más pariente de Alonso Quijano que del buen vecino de Esquivias. Su imaginación era portentosa y fecunda; su palatra, sonora, como quien habla a las generaciones venideras, y su pluma—siendo ágil siempre como flecha de oro que hace brillar al sol donosuras del pensamiento—iba, en ocasiones, tan empapada en el tintero del propio Cervantes, que no parecía sino que el autor de *La Galatea* lo era también de muchos de sus párrafos.

Esto, cuando consagraba a su culto el fervor de su estilo y no cuando escribía para los editores de su tiempo, cómplices, por codicia, de la mediocridad de una época que aún se deja sentir en la presente.

Procuraré recordar muy de paso sus notas biográficas, de todos conocidas. Don Manuel, como familiarmente se le llamaba, era sevillano y nació el 6 de diciembre de 1821, en la calle de Vizcainos, que hoy lleva su nombre. Estudió en Granada, perteneciendo a la célebre «Cuerda» en que figuraron también Manuel del Palacio, Alarcón, Rodríguez Correa y otros muchos que dejaron, cuando menos, noción de sus vidas, y donde, a los quince años, escribió su primer libro: *La mancha de sangre*. Fué soldado y obtuvo distinción honrosa por un acto personalísimo y audaz, estrenándose por aquellos días, y con éxito francamente lisonjero, su drama *El bastardo y el Rey*. Fundó luego en la corte *El Diablo con Antiparras*, periódico satírico, cuya breve vida le proporcionó una serie de enconadas persecuciones, regresando más tarde a Madrid, donde, de editor en editor, pudo lograr que viera la luz pública su primera obra por cuadernos de a cuartillo de real, *Don Juan Tenorio*, éxito decisivo, en vista del cual puso mano a la segunda parte, *La maldición de Dios*, única de sus obras que fue excomulgada, levantándole esta censura el Papa Pío IX, quien dijo «que muy al contrario de parecerle obra recusable, había hallado en ella sublimes enseñanzas».

A partir de esta época, trabajó incesantemente, prodigándose, dispersando su ingenio en múltiples obras, interesado sin codicia, más por fanfarrona demostración de sus cualidades que por el ansia de dinero, que por lo mismo iba a buscarle, ofreciéndole—y ésta es vieja historia—sumas increíbles los mismos editores que antes le desdénaban, llegando a proponerle cierto mercader de obras por entregas mil pesetas diarias, a fin de que nuestro autor escribiera exclusivamente para su Centro editorial.

Pero no es mi propósito, ni cabe en este artículo, seguir paso a paso las andanzas de nuestro poeta, cuya estancia en París dejó imborrables huellas de gloria. Mientras en Londres se anunciaban en grandes carteles la publicación de *Los desheredados*, en los principales periódicos de la capital de Francia veían la luz su célebre novela *El cocinero de S. M.* y otras obras suyas. Abrianle sus puertas Círculos, Academias y reuniones literarias; comparábasele, algo arbitrariamente, con Dickens, y de manera más acertada con Walter Scott, y Dumas, el portentoso Dumas, que entonces, ya rendido y demasiado viejo, ocupábase en convertir en drama su novela *Madame de Chembay*, le ofreció su amistad y, por iniciativa de un personaje del Gobierno, su colaboración en una obra dramática que debía estrenarse en el Teatro Francés, y que desde luego no se escribió, ya que, puestos frente a frente estos dos soberanos imaginativos, no podían resignarse a embozar en la misma capa el frívolo «esprit» versallesco y la austera solemnidad, que es el signo de nuestra estirpe.

Además, eran los grandes días de las turbulencias políticas, cuando los españoles conspiraban en París por Isabel II y por la república, y los franceses se aprestaban a la lucha sangrienta que tuvo por pretexto el brándis de nuestra Corona al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, y por epílogo la capitulación del 71, aquella que hacía exclamar a Sarcey con desgarrador lacerismo:

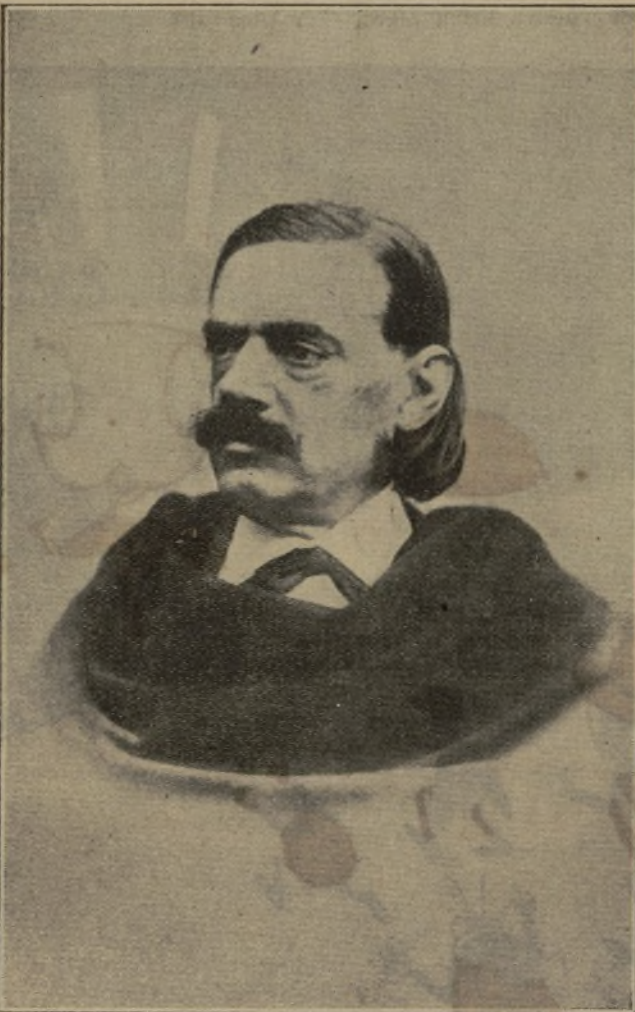
«Todo había terminado a los ciento treinta y cinco días de asedio. Inclínamos las frentes y volvímos a nuestros hogares con los ojos llenos de lágrimas...»

Fernández y González, en tanto, volvía a Madrid victorioso para continuar en él sus éxitos, siendo imponderable el del drama *Cid Rodrigo de Vivar*, de broncíneas estrofas, de recia urdimbre castellana y rancio sabor al Romancero, y en el que rebosaba aquel

exceso de jugo vital que, por prodigarse tanto en sus días, nos dejó a sus desventurados sucesores tan añémicos y faltos de acción.

Cuéntase que en su estreno se desbordó de tal manera el entusiasmo público, que hasta las señoras arrojaban al proscenio sus abanicos, dando ocasión a que los acérrimos partidarios de las comparaciones abandonaran las de Dickens y Walter Scott para semejar al poeta con algo exclusivamente nuestro, con el fraile de la Merced.

Siguieron a *Cid Rodrigo*, *Aventuras Imperiales*, *La muerte de Cisneros*, *Deudas de la conciencia* y otras que, alternando con las novelas *Martin Gil*, *Los monjes*, *Men Rodríguez de Sanabria*, *El Manco de Lepanto* y *El condestable Don Alvaro de Luna*, recabaron para su autor la gloria indiscutible que a su genio correspondía, al propio tiempo que sus frases, dichas unas veces con fanfarrón acento y otras con el sarcasmo de su suavidad sevillana, prodigábanse por



la corte, siendo su principal centro de adopción y publicidad el café Suizo, donde se reunían cómicos, poetas y conspiradores, o sea los representantes de la pasión y de las malas pasiones en todos sus géneros.

Algunas de aquellas frases fueron adulteradas, quizá con el generoso prurito de poner más de relieve la soberbia dicacidad de nuestro personaje.

Vaya un ejemplo, y conste que era don Antonio Sánchez Moguel quien lo refería.

Cuéntase que un su amigo preguntó a Fernández y González:

—¿Quién es más grande... Homero o tú?

Y el poeta, en un arrebató soberbio, dejó caer estas frases de duda:

—Te diré.

No fué así. Don Manuel, muy capaz de todas las vanidades y violencias de palabra, no podía descender hasta este ridículo alarde, propio de un demente.

El diálogo fué como sigue, y acabó en una sátira.

—¡Oye! ¿Quién fué más grande, Homero o tú?

—Te diré...

—¡Hombre!...—respondió el otro en son de cómica protesta, y Fernández y González se apresuró a rectificar:

—Te diré quién fué Homero, porque tú no lo sabes.

La cosa no puede ser más distinta. Conoció a Fernández y González en mis primeros años, y aún veo su figura reproducida en mi memoria con exquisita perfección: con su lengua levita siempre desabotonada y cayéndole hacia los lados como los vuelos de un balán.

drán; su chaleco descotadísimo, por cuya abertura asomaba, combándose, la reluciente y blanca pechera; su corbatín negro; sus mejillas flojas, extrañamente pálidas; su bigote cespío, ya blanco, y su cabeza de poderosas líneas y cabellos cortos, ya libre de aquella melena a lo antiguo soldado piamontés, echados hacia atrás, lacios, sin travesura de rizos, apartándose de los órganos de la audición, como todo el que quiere no perder sílaba para lanzar rápida y mordiente la acerrada respuesta.

Fernández y González, envejecido, no fué nunca viejo, ni se dejó vencer por las penas, ni, cumpliendo con la ley de esta vida, llegó a los umbrales de la otra arras-trando los pies, flojo de corvas y desmayado el corazón, seguro de que había de morir poniendo en su boca la frase definitiva de su virilidad.

—¿Qué es eso, Manuel?—decíale en sus últimos instantes un amigo suyo.

—¡Pues, na! ¡Que vais a ver cómo se muere un hombre!

Llevaba el sombrero de copa con una gran gasa. Si alguien le decía: «Don Manuel, ¿por quién lleva usted luto?», él, echándose hacia atrás y apoyándose en el bastón, en altanero perfil de majeza, respondía, en irónico y disimulado aire misterioso:

—Por Alfonso XII.

Otros veces rectificaba:

—Es que me llevo luto a mí mismo durante un año.

Y a fe que tenía razón, ya que esto sucedía en el 87, y en el 88, a sus principios, entregó el alma en la calle del Amor de Dios, núm. 17, siendo trasladado al Ateneo, donde le vi por última vez, desnudo, como rendido gladiador, todavía con su ceño duro y aquel mirar sin vista, aquellos ojos eternamente puestos en un más allá de continua ilusión, de perpetua esperanza...

En su velada necrológica fué donde leyó por última vez el gran Zorrilla, despidiéndole con aquellas dulcísimas estrofas de los «Amores de Aben-Zayde», con aquella voz atenorada de simpático y suave timbre que cincuenta y tantos años antes había sonado, sorprendiendo el aire medroso de una tarde lúgubre, junto al abierto sepulcro de Figaro. En aquella velada leyeron también composiciones del vate desaparecido López Arzubialde y Fernández Shaw, que leía maravillosamente, y que con su barba rubia y sus mejillas bermejas, más que español parecía compatriota de Heine.

Han transcurrido avasalladoramente los años transformándolo todo; pero aún en mis noches de soledad, discurriendo como alma perdida por las solitarias calles del barrio de las Musas, que se llamaron de Francos, de Cantarranas y del Niño, llevando en la retina estas figuras de la literatura burguesa que a los veinte años hablan con parodiada melancolía de su edad juvenil, torciendo, bajo el frégoli, el rostro con mueca entre *verlainesca* y romántica, creo llevar delante aquella sombra venerada y gentil, símbolo de la gallardía española, oyendo incesantemente su voz llena y dura, espaciada por ingeniosos incisos e intervalos de reflexión; el acento que apostrofaba a don Enrique el Bastardo; las imágenes fosforescentes; las frases cálidas y rotundas que en aquellas gratas horas de su compañía rasgaban las tinieblas para mostrarme, agigantados por el poder de su imaginación, aquel convento de monjes mercenarios, aquella sombra austera y grave de Fray Gabriel Téllez, tan disciplinado en fervor como disoluto en estilo; al gran Lope..., a Cervantes, al Quevedo, que si en *El cocinero de S. M.* no era el propio don Francisco, se le acercaba mucho; aquellos fulgores agonizantes de hornacinas y linternas de ronda..., ¿a qué insistir? A mi alrededor se encienden llamas de walkyrias, nuevas proyecciones que me deslumbran y me atraen; pero a través de sus rápidos fuegos, que hacen vivir al alma en espera como bajo los de una tempestad, perdiéndose allá en el silencio, en los hondos límites de la calle de Cervantes, desde donde se ven las agujas de los Jerónimos como índices que señalan al cielo, diciéndonos: «Todo está allí», oigo, repito, los golpes del bastón de Fernández y González despertando los ecos nocturnos, quizá los ecos solapados de la misma casa, del mismo patio muerto que ocupó el jardín de Fray Félix Lope.

Aquel bastón no iba sonando como el de un ciego, que levanta el ruido para anunciar el paso; no eran golpes rítmicos, sino tenaces y provocadores, como si quisieran arrancar ayes metálicos a las losas que zaherían...

Leopoldo LOPEZ DE SAA

Ayuntamiento de Madrid



# TIPOS VIAJEROS

COLONIA. Momentos antes de ponerse el tren en marcha, un hombrucillo se asoma a nuestro compartimento buscando sitio. Es un sér todo bigotes, de ojuelos mundidos y azorados, que entra cuidadosamente, temiendo molestar, con pasos de gato y sonrisita de conejo. Siéntase a mi lado. Mis otros compañeros de viaje son: un caballero que viste de chaqué, grande y ventrudo, cabeza afeitada y barbas apostólicas. Tiene las piernas extendidas y las manos cruzadas beatíficamente sobre el vientre. Junto a él hay un joven negruzco, casi sin frente, nariz apatatada y pelo de azabache. Mira hacia todas partes con desconfianza y parece inquieto. A su lado se sienta una mujer rubia, de formas opulentas y muy emagullada. Parece ruborosa y mira constantemente al techo. A mi izquierda hay una señora vieja y arrugada, con un perrito faldero, al que habla en inglés. El perrito parece asustado y aulla lastimero. —Eres lo mismo que un niño— dice la vieja, acariciándolo y reteniéndolo. Por fin, junto a la vieja, hay un joven barbilimpio y carilindo, elegantemente vestido y atrozmente perfumado. Este joven, que no tiene cara de nada, como todos los barbilimpios y carilindos del mundo, procura no rozarse con la vieja, y a los gemidos del gozque se muestra disgustado y despreciativo.

Cuando ya lleva el tren un rato corriendo, se oye un ruido infernal en el pasillo. Pocos instantes después el revisor abre la puerta de nuestro compartimento, y, dirigiéndose hacia alguien que le sigue y a quien se oye gruñir y refunfuñar, dice: —¡Ea, no grite usted más; ya tiene usted un sitio!— Al aparecer el nuevo compañero, el que más y el que menos se estremece de espanto. No ya el mayor hipopótamo del Nilo, sino el mammut más grande que se paseara jamás por las selvas prehistóricas, acaba de aparecer, congestionado y furibundo, ante nuestros ojos sorprendidos. Es un hombre redondo todo él, un hombre barril. Las piernas, dos columnas ciclópeas, como las de Hércules, por lo menos, que bien son menester ellas para sostener un edificio de tanta pesadumbre y tan voluminoso. La cabeza es una bola, de tal manera tiene la frente curva, y las mejillas abultadas, y la nariz hundida entre las mejillas, y las orejas aplastadas. No tiene bigote ni barba y, por añadidura, es calvo. Sólo unos ricitos entrecanos se le alborotan aquí y allá por los alrededores del cogote. Tiene ojillos de puercoespín y sus manos parecen manojos de salchichas picantes.

Antes que él entran dos maletas enormes en el cupé, las que, entre bufidos y gruñidos, y después de muchos trabajos, logra, por fin, encaramar. Con un pañuelo en cada mano se seca, frontándose violentamente, el sudor que le baña la cabeza y que se le escurre por las papadas. Hecho lo cual, y habiendo visto dónde queda el hueco, toma asiento. Aquí los apuros son grandes. El joven negruzco, empujado por la enorme cuña, es lanzado sobre la rubia de su lado, al paso que el señor barrigón de las barbas apostólicas sufre una presión atroz contra la ventanilla. El señor Mammut, notando quizá que sus amplias posaderas no descansan del todo cómodamente, se remueve a derecha y a izquierda, procurando el sitio que le falta, haciendo caso omiso de los murmullos que cada uno de sus movimientos arranca de los desgraciados a quienes prensa.

Los de mi lado, viendo a los de en-

frente, parecen regocijarse en su interior, y yo con ellos. El joven elegante ha perdido algo de afectación y parece sonreír. La vieja se remueve, satisfecha, en su asiento. El perrito, que a la entrada del monstruo cesó de gemir, no le quita los ojos de encima. El hombre todo bigotes y sonrisa de conejo parece un sér dichoso de su pequeñez, que le permite hallarse en todas partes a su gusto, sin molestar a nadie.

Pero su felicidad dura poco. Los dos hombres gordos, aunque son, por lo que he oído, de muy distinta condición—el uno, profesor de Psicología en La Haya, y el otro, salchichero de Francfort—, se han hecho amigos. Afinidad de grasas, tal vez, ya que no de ideales. Y ya en el terreno de las intimidades, ambos se confiesan que están muy apretados y que viajan muy a disgusto. —Estamos muy mal repartidos—susurra el profesor—. Si usted cambiara de sitio con ese pequeñito que tenemos delante, la cosa se equilibraría. —Tiene usted razón— responde el otro—; pero yo no me muevo. Aquí la que nos estorba es esa rubia, que es demasiado gruesa. Verá usted como yo lo arreglo.

Y sin pensarlo mucho, en un francés pronunciado de una manera horrible y que el otro no comprende, le dice al bichotudo si quiere variar de asiento. El tal hace un gesto como indicando que no ha comprendido. El señor de Francfort, que ya que no lo es de grasa, es escaso de paciencia, le suelta entonces, una tras otra, rápidas como disparos de fusil, las siguientes preguntas, cada cual hecha en el idioma respectivo: —¿Habla usted alemán?... ¿Inglés?... ¿Italiano?... ¿Español?... ¿Tampoco francés?... Al oír esta última pregunta, el otro, que parece aterrado, contesta que sí. —¡Acabáramos!— ruge el ventrudo. —Pero muy poquito— añade el otro con voz apenas perceptible. —Pero, entonces, ¿usted qué diablo es?— pregunta entre bufidos el gigante. —Yo soy persa... —¡Ah, ya, persa! ¡A cualquiera podía ocurrírsele que usted era persa!... Además, que yo no poseo esa lengua. ¡Pero la aprenderé, vaya si la aprenderé! ¡A mí no me pasa otro caso como éste!— Y, como Dios le da a entender, le propone al persa lo del cambio. Sin esperar su respuesta, se encara con la pomposa rubia y se lo propone también. La cual, en un inglés londinense y con tono desabrido, le responde que para lo que quiera de ella que se las entienda con el joven negruzco, que es su acompañante. El tal, que, aunque muestra en su rostro no comprender bien de lo que se trata, parece, sin embargo, tener barruntos de que se trata de él, se desconfía y se inquieta más de lo que estaba. Viendo que el salchichero va a dirigirse a él, queriendo evitarse el chaparrón de preguntas que descargó antes

sobre el persa, le dice: —Caballero, yo no entiendo más que el español.

La rubia acepta, pero no ocupa el sitio que deja vacío el persa a mi lado. So pretexto de que le gusta estar del lado del pasillo, nos hace correr a todos y se sienta junto al joven perfumado, a quien sonríe romántica y sentimental.

Pasan las horas y el tren sigue corriendo. Todos duermen o intentan dormir. El señor profesor de La Haya ronca; el salchichero sopla, bufal, muge, relincha. De las narices del persa se escapa de cuando en cuando un débil sonido de flautín. El único que sigue inquieto y mantiene abiertos desconfiadamente los ojos es el joven achocolatado. Entablo conversación con él. Me dice que es bailarín de tango argentino y que su pareja es la inglesa. —Una tia— dice—que es de plomo. Como yo siga bailando con ella, me quita a mí esa languida la vida. —El es mejicano, indio puro. —Los yankis— me dice con voz bajita y uniendo un gesto muy gráfico a su palabra—son unos bandidos. Pero el general Obregón es un león. —Y así, más con gestos y con guiños que con palabras, me describe el estado actual de su pueblo.

Llega el día. Un crepúsculo triste. Lluve. Grandes deseos de llegar a París. ¡Qué desesperante es esta jaula de noche! Todo el mundo bostaza. Pasan pueblecillos, atravesamos canales. Árboles, muchos árboles. Ya, por fin, nos vamos acercando. Todos se preparan. Las maletas pasan al pasillo. El profesor y el salchichero se estrechan las manos y cambian tarjetas. El persa se escurre calladamente. El joven que no tiene cara de nada, saca un espejito y se peina. La rubia le sonríe, mientras carga al mejicano con su equipaje. La vieja permanece inmóvil. El perrito duerme aún. Entramos en la estación del Norte, negra, fea. *Bonjour! Bonjour!... Au revoir!...*

París.

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO

## LIBROS RECIBIDOS

*La lucha por el oro*, de Reinhold Eichacker.—Novela de palpitante actualidad, en la que se hace un estudio de la Alemania de la post-guerra lleno de interés dramático y de emoción, traducida correctamente por E. B. Bayer.

*Treinta años de mi vida. La miseria en Madrid*, por Enrique Gómez Carrillo.—Este tercer volumen, con el que el insigne cronista da fin a sus Memorias de una manera inopinada, es de un extraordinario interés por las figuras literarias y políticas que desfilan a través de sus páginas.

## Más corazón, Señor, más corazón...

En nuestro pecho lacerado,  
una viva saeta de ilusión.  
Y para amar y ser amado,  
más corazón, Señor, más corazón...

Más luz en nuestros ojos.  
Fuego en nuestras palabras ruidosas.  
Sobre tantos abrojos,  
rosas, Señor, más rosas.

Pesa la noche en nuestro corazón.  
¡Más luz de tu alborada!  
De tu divina exaltación,  
Señor, no queda nada...

En cada pecho una saeta,  
un lírico clamor;  
un noble espíritu poeta,  
Señor.

Rosas en nuestra frente.  
En nuestro pecho, luz.  
Y una cruz de esperanza  
para ayudar a nuestra cruz.

En nuestro pecho lacerado,  
una viva saeta de ilusión.  
Y para amar y ser amado,  
más corazón, Señor, más corazón...

Juan SOCA

## ERNESTO F. COOPER

Los Madrazo, 27, pral.

Bien conocido en el mundo industrial, habiendo sido representante de Casas inglesas desde hace veinticinco años, quisimos averiguar algún detalle de los muchos asuntos que este hombre excepcional abarca, y que ha sabido con su celo e inteligencia hacer de España centro de sus operaciones, introduciendo cuantos adelantos representa.

Llamamos la atención de nuestros lectores de la fábrica de Aceros «Imperial», de Edgar Allen & Co. Ld. de Sheffield, proveedores de los Arsenales del Estado, Indias inglesas, de todas clases de acero. Maquinaria para minas y para la fabricación de cemento. La marca «Imperial» del acero al manganeso de Allen tiene una venta enorme para materiales de la vía de los tranvías y ferrocarriles en cuanto a cambios de vía, corazones, agujas, etc.

Wm. Griffiths & Sons Ld. Napier Spring Works de Sheffield, importantísima Casa para muelles de ferrocarriles y tranvías, ha ejecutado encargos de suma importancia. Esta Casa tiene unos muelles patentados para autos y camiones, sistema completamente nuevo, que evita los absorb de choque, puesto que por malo que sea el camino a recorrer no se precisa aminorar la velocidad, evitando toda rotura de muelles, siempre muy importante.

Ante el catálogo, primorosamente editado, de la Casa A. G. Wild & Co. Ld. de Sheffield, hojeamos infinidad de sistemas patentados, en cuanto a la calefacción de vapor en los trenes, utilizando el vapor de la locomotora a presión atmosférica.

Esta Casa tiene más de veinticinco años de experiencia, y su fama está reconocida por todas partes.

The Brightside Foundry & Engineering Co. Ld. de Sheffield, tiene su especialidad en trenes de laminación, cilindros de hierro en coquillo e instalaciones completas para la fabricación de ladrillos y briqueta de carbón.

Lamentamos que la falta de espacio nos impida no poder extendernos con Casas de esta importancia. A todas ellas, y especialmente a nuestro particular amigo, tan digno representante, enviamos la más sincera felicitación.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—MADRID—Sagasta, 14

### Últimas novedades:

	Pesetas.
DOCTOR JUARROS: Las hogueras del odio.....	5
GUTIÉRREZ-GAMERO: Sitilla..... El corregidor de Almagro.....	4
VERLAINE: Carlos Baudelaire.....	4
GUIDO DA VERONA: Yvelise.....	5
MARCELINO DOMINGO: La isla encadenada.....	4
ANTOLÍN LARDI: La mejor cocina.....	5
PÉREZ DE AYALA: Tinieblas en las cumbres.....	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES  
RIVADENEYRA, Gran Vía, 8  
PÍANSE CATÁLOGOS.—ENVÍOS A REEMBOLSO



# CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



### ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



## ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: ADOLFO HIELSCHER, S. A.

Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30.— BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

### MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

## ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

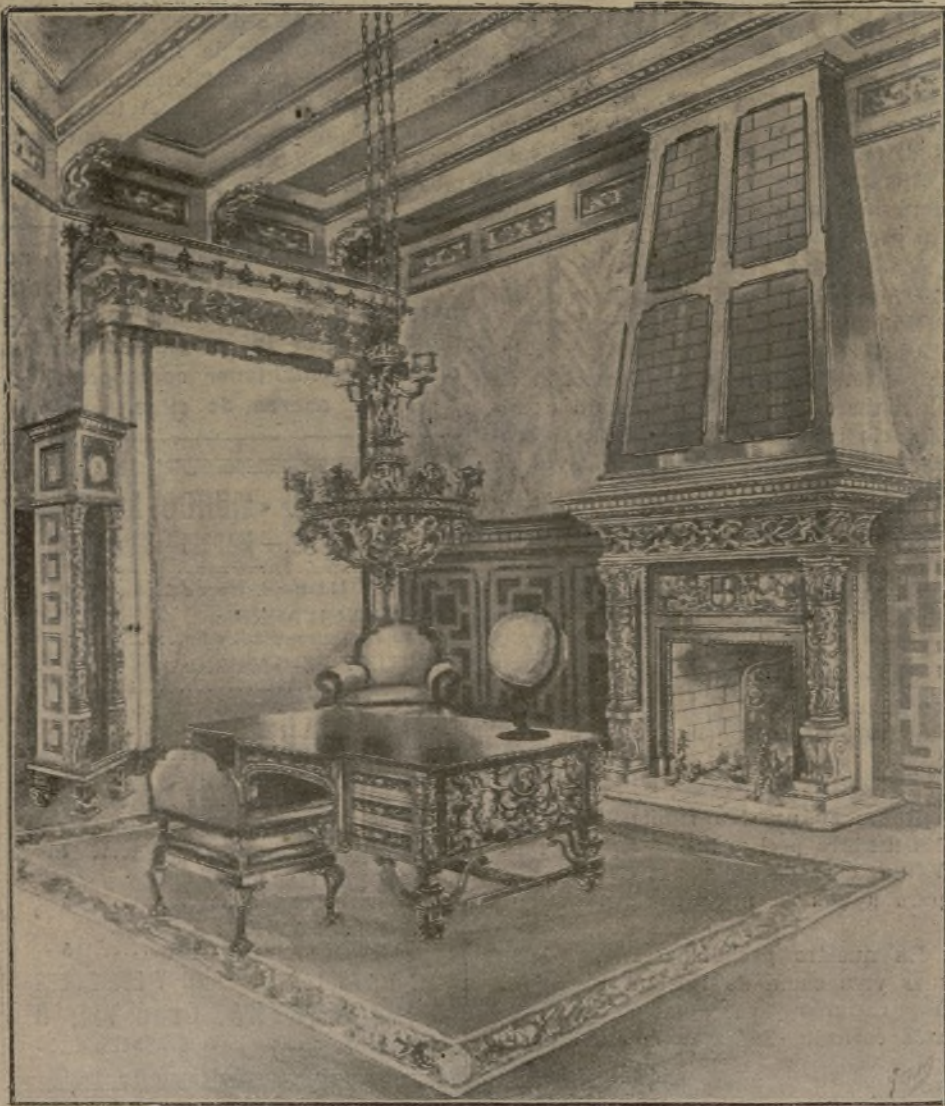
### QUIOSCO

## EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ  
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

# EXPOSICIÓN DEL MUEBLE Y DECORACIÓN DE INTERIORES EN BARCELONA



suntuoso despacho de auténtico estilo Renacimiento español, construido por la Casa **MANUEL LÓPEZ, Serrano, 17, Madrid**, que es la admiración de cuantas personas desfilan ante él, comen-  
tando su mérito artístico y el refinado gusto de tan conocido constructor de muebles.

